

No sólo de poesía...

José Ángel García

Hace estos días casi justamente diez años, en los veintitantos igualmente de octubre pero del 88, se celebraban en Toledo unas Primeras Jornadas de Literatura que contaban con la participación, entre otros, de uno de los grandes narradores españoles actuales: Luis Mateo Díez. Con absoluta desfachatez y nulo respeto ante lo ajeno, hago mías, sin pudor alguno –y de paso me evito intentar, que probablemente, mejor dicho, seguro, no lo consiguiera expresar mejor -para empezar esta mi intervención- sus propias palabras iniciales de entonces: *“No se si el camino que voy a elegir (...) no resultará un poco oblicuo, amoldado de forma acaso evidente al territorio de la reflexión personal que se suscita -decía entonces Mateo Díez- sobre la propia obra”* y vengo yo a decir aquí (permitiéndome por tanto, encima, no solo robar sino incluso al tiempo traicionar lo hurtado) sobre la ajena “no obra”... *“pero -y vuelvo a entrar a saco en el birlado texto- ustedes saben que los creadores (...) podemos permitirnos licencias que los estudiosos no pueden o no deben, en ocasiones como ésta”*. Fin de la cita rapiñada y manipulada.

Y dicho esto, que no significa otra cosa sino que voy a hablar de lo que quiera y como quiera, libre por decisión propia y excusa ajena de exigencia de más rigor que el de mi personal autocontrol y sentido del ridículo (ambos bastante escasos, les advierto) me demanden lo primero que me cabe advertirles es que, pese a que uno ande encuadrado, en estas faenas del andar manchando papel, en el incierto apartado de “poeta”, y en cuanto a esta propia presencia de hoy incluido en una sesión que ya habrán visto ha venido a titularse -quien lo haya hecho sabrá por qué- “Versos, rimas y otras melodías”, yo no voy a hablar de poesía. Claro que tampoco voy a hablar de prosa sino... de la ausencia de un tipo de prosa. Y tras este preámbulo, como habrán comprobado en modo alguno aclaratorio, voy a ver si soy capaz de entrar en faena...

Andrés González Blanco, Luis Martínez Kleiser, Federico Muelas, Mari Paz Vitoria, Leonor Culebras, Enrique Domínguez Millán, Carlos y Eduardo de la Rica, Florencio Martínez Ruíz, Acacia Uceta, Diego Jesús Jiménez, José María Abellán... - perdónenme, demonios, que me incluya-, José Ángel García... Érase una vez una ciudad, allá por el siglo XX decía el calendario, fuera del tiempo aseguraban sin embargo las malas lenguas -y de las autovías se apresuraban de inmediato a añadir las más políticamente afiladas-, a medio camino de ninguna parte (y hay ocasiones en que la nada no es sinónimo del todo), alzada en quizá limpia pero mucho me temo que también frustrante y sobre todo estéril –salvo en el interesado juego de los folletos turísticos- sinrazón altiva sobre rocas y orgullos, hoces y miedos. Patrimonio si bien oficialmente de la Humanidad, ante todo y sobre todo a, bajo, cabe, con, contra, desde, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras, de sí misma, donde dabas - literalmente hablando- una patada y salían cien poetas propios o ajenos, aborígenes u oriundos, de nacencia o de asentamiento, barbados o lampiños, legiones de vates laicos o sacros, pre, post o contramuelianos, postistas o festeros... pero pocos, bien poco ensayistas, escasos historiadores, casi ningún dramaturgo, tal cual humorista, prácticamente ningún cineasta y una más bien escasa cosecha de narradores. Es más, así había sido -si uno echaba la vista atrás- prácticamente siempre.

Una retahíla de preguntas

Y a partir de aquí -y espero que ya se empiece a ver por dónde voy o al menos quiero ir- comienzan a llover las interrogaciones... ¿Por qué es Cuenca, ante todo y sobre todo, en la verdad -en un cierto grado- y en la apariencia -aún mucho más- una ciudad de poetas y no de historiadores, y no de ensayistas, y no de dramaturgos, y no

de... narradores? Y digo que aún más en apariencia que en verdad porque, hombre... haber no es que no haya -por lo menos en algunos de esos sectores un cierto número cae, desde luego en mucha menor proporción siempre que líricos-, es que, aún cuando los haya, en esta, en aquella época, en ese, en aquel momento, tampoco se les suele destacar de igual manera, con igual afán de propiedad, con, salvo contadas excepciones, digámoslo sin tapujos, las mismas ganas. Incluso cuando algunos de esos poetas aúnen, como ocurre en bastantes ocasiones, a su estro versificador otras facetas como las de articulista, o -lo cierto es que, efectivamente, en escasa medida, pero bueno...- de, por ejemplo, autor teatral (estoy pensando, sin ir más lejos, como totalmente emblemáticos, en Federico Muelas o Carlos de la Rica) la ciudad prefiere siempre fijarlos en esa su condición de bardos. Y es que yo creo que Cuenca, si no juega, descaradamente, a vender imagen de "ciudad de poetas para poetas", al menos se deja llevar en la algodonosa inercia de un antea asumido papel lírico, sea o no cierto, le corresponda o no. Lo que quizá ya no estén tan claras son las razones. Desde luego, no esperen hoy aquí de mí, excesivo esclarecimiento al respecto, aunque alguna hipótesis "al hilo de" pienso esbozar; sí -eso sí- un pequeño listado de preguntas que, al fin y al cabo, las preguntas, si los dioses -loados o temidos sean- les son propicios, pueden general si no respuestas, al menos es posible que -y benditas sean si nos animan vida y cotarro- polémicas.

Pero antes de iniciar esa ristra de perplejidades, alguna precisión para que no se me tache de más extremista de lo a que yo aspire: evidentemente estoy -aunque tampoco tanto- exagerando. Y así digo, por supuesto que -de nuevo puntualizo- incluyendo también como escritores "de la ciudad" no solo a los en su estricto casco urbano nacidos o residentes, sino cual parece lógico al global de los originarios o asentados en todo su territorio provincial, que ensayistas, por ejemplo, o investigadores, o historiadores, claro que ha habido y hay, aunque la verdad (y soy machacón) Cuenca -y, para ser justos, reconozcamos que estos campos concretos tampoco se diferencian tanto del resto del país- no les hace excesivo caso en cuanto a consideración pública si son sus contemporáneos, ni guarda de ellos especial reconocimiento histórico si son pretéritos... Porque... a ver: ¿se habla mucho, por ejemplo, entre los conquenses o damos siquiera noticia de ellos -y voy a volver a tirarme piedras sobre mi propio tejado, si bien sea esta vez en alero distinto- los medios de comunicación de Pérez Priego, o de Florencio Sevilla, o de Julio Calvo mismo que, por el exotismo de su terreno de estudio, la lengua quechua, parecería casi obligado hacerlo, o de -pese a que sería en el más tradicional-tópico aserto del periodismo, hombre muerde a perro...- noticia de María Virtudes Pardo que analiza la obra de Castela y escribe, pese a ser conquense, en gallego? Pero me doy cuenta de que, tras haber anunciado lo contrario, me estoy ya metiendo en preguntas... En fin, si ya vamos lanzados sigamos por ahí y donde dije digo, digo Diego, y voy, de paso, diciendo...

Si tenemos, aún cuando no sean muchos, dramaturgos, hasta dramaturgos, por así decir puros en cuanto a dedicación exclusiva como autores a la escena (dado que, a más de las ya reseñadas aventuras dramáticas de Muelas o de la Rica o, de por ejemplo, otro poeta, Enrique Trigal), ahí está sin ir más lejos Teófilo Calle, del mismísimo Casas de Benítez, uniendo a su condición de actor la de firmante de textos dramáticos, ¿por qué -nuevo interrogante al canto- ya que tan dados somos en poesía a reivindicar como propios (como las fotos, por contacto) a cuantos poetas en un momento dado -aferrándome al clavo ardiendo del "estuvo aquí", pasó por estas tierras, siquiera fuese un día de visita, quizá incluso tan sólo con el pensamiento, la imaginación o la fantasía-, de cuantos en algún momento nos rozaron, no hacemos lo mismo sin embargo con autores teatrales tan significativos, al menos en determinado momento, de nuestro teatro, como Miguel Romero Esteo, que aquí viviera buena parte de su etapa formativa y del cual incluso tuvo la ciudad, allá por los setenta, al socaire de las combativas Semanas de Teatro Independiente, oportunidad de ver su *Pasodoble*. Y ya que hablo de esa etapa, ¿por qué una ciudad que precisamente

durante esos tan específicos y vitales años de nuestra historia nacional reciente vino a constituirse en eslabón directo de ese movimiento, entre político y estético, de renovación teatral, no ha sido capaz de dar luego comediógrafos? ¿Por qué los periodistas de esta ciudad -y vuelvo a remover el propio charco- o bien nos dejamos caer hacia el sendero del verso o nos limitamos a ser pregoneros o prologuistas, cantores de las excelencias terruñales o del juego, bastante más arriesgado por cierto, de nuestros artistas plásticos, o loadores sin bochorno del buen queso, el cada vez mejor vino o el inefable manjar de manjares, recio plato, gloria nuestra del morteruelo, en vez de echarnos, como suele ser lo habitual por otros pagos, al ruedo del relato y la novela?; ¿por qué si, excepcionalmente, tal ocurre, suele ser cuando esos periodistas ejercen su oficio fuera de los límites provinciales? ¿Por qué, por qué diablos no tenemos guionistas ni directores de cine? ¿Por qué -y me voy ya acercando, que va siendo tiempo, aún cuando todo venga hilado- es esta ciudad, son esta ciudad y esta provincia tan parcas en producción de narradores, que es de -sobre todo- lo que pretendía hablar y ya no se si voy a conseguir...?

Hablemos de la escasez de narradores

Narradores decía. Por supuesto tenemos narradores, claro que sí. Echando la mirada un pelín atrás ahí están -ayer mismo por la tarde nos los recordaba Florencio Martínez Ruiz- un Andrés González Blanco -al que antes citaba en su calidad de vate-, un Rafael López de Haro (el más fecundo), una Magdalena de Santiago Fuentes, un Emilio Sánchez Vera, un Vidal y Planas... y viniéndome al ahora mismo nadie va a olvidarse de la espléndida trayectoria de Meliano Peraile, de la continuada labor de Raúl Torres, del relativamente reciente descubrimiento como novelista del siempre brillante como columnista Raúl del Pozo, ni de la incursión en la novela de José Luis Coll con su ***El Hermano bastardo de Dios***, ni del salto a la palestra en los últimos tiempos de gente más joven como Tomás Fernández Ruiz o Patricia Mateo... Pero desde luego -y me mantengo en mis trece, con mucha menor presencia tanto en la pura realidad numérica como en la topiquería literaria de la ciudad que, inevitablemente, los poetas. Y, además -y aquí termino ya por fin de fijar el punto de mira- si repasamos la propia obra de estos narradores (y aunque es probable que algunos de ellos no estuvieran o estén muy de acuerdo con mi apreciación) seguro que además, digo, salvo excepciones, un par de ellas presentes en los propios nombres que acabo de mencionar (no se diga que no soy honesto) y añadido aquí ya la guinda o la aceituna, según prefieran lo dulce o lo salado, que faltaba a mi exposición... ¿por qué los propios temas y... y la propia ciudad de Cuenca están tan poco presentes en esa su obra narrativa? Y aquí vendría más bien decir aquello de "pero vayamos por partes", más mucho me temo que tan didáctico modo de hacer no sea precisamente mi fuerte.

"La heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina, revolando y persiguiéndose como..." No, no es, por supuesto, bien lo saben, de Cuenca esta descripción. Es la descripción con la que se inicia una de las más famosas novelas de nuestra literatura; es, evidentemente, la descripción de la Vetusta clariniana... ¿Por qué -volvamos a las preguntas mientras parezcan seguir dando juego- Cuenca no ha tenido nunca presencia semejante en ninguno de sus narradores? ¿Por qué Cuenca no ha tenido, hoy por hoy, aún cuando algún intento ha habido pero, que me perdone Tomás F. Ruiz, creo que no logrado y además ya muy reciente y eso me viene al pelo para que luego, al final, podamos si se quiere hablar de esperanza (ya estoy enseñando prácticamente todas las cartas)... por qué, repito, Cuenca no ha tenido -de cualquier tipo: bucólica, caballeresca, sentimental, romántica, realista, naturalista, costumbrista, épica, dramática, lírica, introspectiva, novela llave,

de iniciación, psicológica, maravillosa, fantástica, de ciencia-ficción, policíaca, social, de aventuras, de costumbres, humorística, testimonial, epistolar...- “su” novela? ¿Por qué ni siquiera ha tenido casi ya que no la novela “de” la ciudad, al menos las novelas “en” la ciudad, que deberían haber sido legión si comparando de nuevo narrativa y lírica observamos el juego que dan riscas, tormos, grajos, chopos y ríos -Cuenca alada, Cuenca primordial y genésica, Cuenca que te quiero Cuenca- a los hacedores de estrofas? ¿Por qué diantres, ¡vive Dios! no tenemos un propio y autóctono Alatríste despachando malandrines calle Pilares arriba, calle de San Pedro abajo? ¿Por qué cojones no hay un huelebraguetas aborigen metiendo las narices en los bares de la Puerta de Valencia o en cualquiera de las barras americanas de nuestras carreteras provinciales? Porque, vamos, Cuenca no será Chicago, ni Nueva York... ni Madrid, ni Barcelona (tan sólo, a veces, ombligo -Aku-Aku- de sí misma) pero sin ir precisamente muy lejos, ahí tenemos, bien cerquita, a Tomelloso que digo yo que no es Dallas y anda con su Plinio a cuestras... Pero si, además es que esta ciudad, por tener, ha tenido desde tantos homicidios ratoneros como cualquier capital de provincia del interior que se precie hasta terrorista detenido y comisario que, sicalíptico, afirmara rotundamente con voz carrasposa cual al género conviene -mismamente un “flic”- que “al hombre siempre le pierde la bragueta”...” ¿Para cuándo “El asesinato de los remotes mecánicos” o “El caso del pastel” (sea de Ruiz, Marisol o Egido) envenenado? ¿Dónde —permítanme que (pecado que ya se habrán dado cuenta comento de continuo) me salga de los propios urbanos límites autoimpuestos en los que me venía moviendo para extender la mirada al ámbito de la provincia toda- dónde, repito, están las novelas que recojan nuestros crímenes rurales? ¿O es que somos una Arcadia feliz, in excelsis, pura? ¿Por qué la presencia del maquis en nuestra historia se reduce a una sola aproximación novelada que yo conozca, la que en torno al Manco de la Pesquera ha hecho Ernesto Cuellar? ¿Cómo es que el tema de los gancheros se nos lo llevó José Luis Sanpedro y, al hacerlo, dejamos que Guadalajara nos lo ganara de mano? ¿Qué ha ocurrido para que con la vista y la memoria puestas en su natal guadalajareña Labros Andrés Berlanga pudiera escribir **La gaznápiro** y aquí nadie hayamos sido capaces de similar aventura? (benditos sean los cuentos de Meliano Peraile, desde luego) ¿Dónde están -retornando al ámbito urbano- nuestras madames Bovaries, nuestra —perdóneseme la transgresión genérica- señoritas de Trévez carreterianas? ¿Por qué incluso cuando los narradores -netos o de rapsoda entreverados- se nos han ido a la imaginación más libre por los predios de Contrebia no han, de a uno o en conjunto, acabado de definir tan atractivo territorio en ciernes? ¿Cuál es la razón que lleva a nuestros narradores a limitarse a que la presencia de Cuenca en sus escritos -que no digo que ausente esté del todo- se limite a lo que parece inevitable referencia a sus delicias gastronómicas o a la sentimentalidad brumosa de su añorada ausencia, idealizada siempre en la distancia o la prudencia? ¿Por qué si es como se ha dicho tan etérea, no levitó en novela alguna la ciudad, Castroforte de Baralla castellano-mancheño? ¿Por qué el único J.B. que conocemos no es el que juega sagas-fugas sino el que se trasega a codo de barra? Por cierto, ¿por qué una ciudad en la que se trasega tanto es tan poco novelesca? ¿Por qué, en fin, señoras, señores -que ya voy de charlatán de feria- no tiene esta ciudad, coronela de sí propia, quien la escriba, quien la cuente...? A mi modesto modo de ver más que en cualquier otra parcela de la vida es en la novela donde más radicalmente se hace cierta esa pregunta con retintín de ofensa y de desprecio que tanto nos ha dolido siempre: ¡Ah! pero ¿existe Cuenca?

La búsqueda de asunto o pretexto

Mal que bien, el diagnóstico está hecho, que no en vano es, como en su día escribiera Kart Graus “una de las enfermedades más extendidas”. Podríamos pues pasar a rastrear o al menos intentar intuir posibles causas... y que andamos de citas por qué no recordar a Henry James para a partir de su aseveración de que “de todos

los cuadros, la novela es el más amplio y elástico, puede dilatarse hasta cualquier punto, puede abarcar absolutamente cualquier cosa. Lo único que necesita es un asunto y un pintor” preguntarnos si lo que no tenemos es, pues, asunto o pintores. Quizá sea bueno dedicarle un par de minutos al menos al análisis del hecho, aún cuando mucho me temo que, como diría Umberto Eco *“una verdadera pesquisa policíaca debe probar que los culpables somos nosotros”*.

¿Tenemos pues o no tenemos asunto? La verdad es que, con sólo rastrear el mundo en torno, o la historia de la Literatura, o los anaqueles de las librerías, la pregunta parece más que fácil de contestar y algún indicio de esa respuesta quedaba ya apuntado al socaire de los mismos interrogantes que me he venido haciendo. ¿Qué tiene o no tiene Cuenca, esta ciudad, que la pueda hacer diferente de tantas otras que, similares a ella, son o han sido protagonistas o al menos fondo presente y actuante de tantas novelas? Si Leopoldo Alas hubiera sido un escritor conquense ¿no habría podido hallar entre las mujeres de la ciudad modelo alguno para su Ana Ozores? ¿En qué se diferencia o deja de diferenciarse Cuenca de esa ciudad de León si no confesa siempre sí como trasfondo presente en esas novelas de Luis Mateo Díez nacidas, por usar, otra vez, sus propias palabras de *“ese drama fatal de la reminiscencia de lo antiguo que no se fue del todo, de las permanencias ancestrales, a veces tan entrañables como siniestras o patéticas”*, de esas novelas que surgen de *“ese anegado mundo de la provincia y ese tiempo sumergido en el oprobio y el abandono”*? A mí me parece que quizá ya no reunamos -¡ojalá!- pero en verdad que hemos venido reuniendo casi todas esas condiciones.

A lo que parece, pues, lo que nos faltan son los pintores. Ya que en este último tramo me he empezado a dejar llevar de las citas, recurramos de nuevo a ellas a ver si desmadejando un poco el ovillo... Decía Faulkner de sí mismo que era un poeta fracasado, que *“todos los novelistas quieren primero escribir poesía y después descubren que no pueden y prueban con el relato, que es la forma más exigente después de la poesía. Y -sigo fiel a sus palabras- después de fracasar en el relato, sólo entonces un novelista se dedica a escribir novelas”*. Con todos los respetos del mundo para Faulkner y sus personales literarios traumas, la verdad es que se me hace bastante cuesta arriba creer que el que no tengamos tanto novelistas como sería, a mi juicio, de desear por estos lares, se deba, cual pudiera desprenderse de su opinión, a que los poetas conquenses somos tan buenos, tan excelsos poetas, tan perfectos, que por eso no nos hemos vuelto narradores. Es evidente que, bromas aparte, hemos de buscar por otro lado.

En algún momento, en algún coloquio cara al público, creo recordar que en la Casa de Cultura de nuestra capital, hace ya algunos años -no es cosa de ponerse a husmear en la hemeroteca para datar exactamente el hecho- un grupo de escritores conquenses (como casi siempre, mayoritariamente poetas) nos acusábamos públicamente de “provincianismo”, un provincianismo que en aquel entonces y contexto quería decir, muy probablemente, cortedad de miras y poco contacto con el exterior. Quizá un cierto tipo de “provincianismo” esté precisamente también en la base o a la base de este escaso cultivo de la narración y en concreto de la novela del que vengo hablando, un provincianismo que en este caso lo que querría decir es cobardía, una cobardía, personal y colectiva, que nos ha conducido al amoldamiento al círculo de hierro no de unos modos literarios más o menos amoldados a temas o clichés superados, sino al ahormado por miedos y cautelas mucho más sociales y de costumbres; en una palabra, creo que, en buena medida, si los escritores conquenses no hemos hecho más incursiones en el campo de la novela es porque hemos rehuido enfrentarnos a nuestra propia realidad social, esa realidad de la que, al menos la novela moderna, si no ha de ser espejo stendhaliano, al menos de ella ha de beber y, a la que, para ser fiel a sí misma, ha de traicionar tan sólo en la transmutación de la verdad real en la que aún más profunda verdad de la ficción. Un miedo al enfrentarse a una realidad que no puede ser traicionada si la novela quiere ser -incluso calidad literaria aparte- válida.

Un miedo sin duda no ajeno al existente en otros campos: no se, por ejemplo, si, de alguna manera no cabría relacionar esta ausencia de la verdad inventada más necesariamente verdadera de la novela con algo que nuestro propio coordinador congresual, José Luis Muñoz, apunta en su magnífico prólogo al volumen -por cierto, indispensable en su campo- recién aparecido, en el que Ángel Luis López Villaverde e Isidro Sánchez estudian la evolución de la Prensa conquense desde su aparición histórica hasta la guerra civil, cuando, al señalar el no muy lejano tampoco por otro lado aumento del interés de los historiadores por los temas conquenses viene a señalar (de ahí su entusiasmo por quienes como los dos autores a los que da preámbulo rompen esa tendencia) que ese interés no parece extenderse a la contemporaneidad, aunque algunos indicadores -menos mal- permitan advertir un cierto, si bien leve, cambio en la tendencia. José Luis Muñoz pone ese límite en el interés de los rastreadores de nuestro acontecer todo lo más en la mitad del siglo XIX: *“ese –dice- fue el límite, que se ha mantenido con feroz respeto durante el agitado caminar del siglo XX que ahora agoniza, como si de la guerra de la Independencia para acá nada o poco hubiera sucedido en Cuenca”*. Ese miedo a enfrentarse, a enfrentarnos al propio hoy que nos rodea, ese miedo más que provinciano incluso pueblerino que nos hace mantenernos dentro de los límites prudentes y no conflictivos de lo, como podría decirse ahora, “políticamente correcto”, sin aventurarnos un paso más allá o a ir a refugiarnos en el, si se quiere en principio, por hermético, menos directamente ofensivo para el placet bienpensante, mundo del quehacer poético. Quizá es lo lógico en una comunidad hasta bastante punto y hasta hace bien poco tiempo (volvamos a introducir un cierto signo de esperanza, las cosas parecen dar indicios de ir cambiando) casi endogámica de la que los más inquietos y propicios al cambio huyen y van quedando los menos combativos, los menos diferentes, los más inmovilistas y por lo tanto reacios a la más mínima modificación de lo establecido (sin aspirar a ser sin duda prueba plena no deja de ser curioso que la mayor parte de nuestros escasos novelistas sean escritores que viven o han vivido fuera, físicamente, del propio entorno conquense y es que, como afirma Francisco Umbral, *“mirar a otros ojos da miedo. Los ojos queman los ojos”*). Lo malo -recuperando el hilo- de las comunidades endogámicas es que, como bien saben los biólogos, suelen acabar terminando por volverse estériles.

Una búsqueda incesante

No se, quizá por ahí, por estos rumbos que, a puro golpe de, probablemente equivocada, intuición voy trazando, pienso yo que podrían ir los tiros. Recordemos la frase de Soledad Puértolas en la que afirma que el escritor (si se sustituye el vocablo por el de novelista aún tiene, creo, más razón) *“suele saber lo que no quiere. Se define a partir de negaciones. Son sus rechazos, más allá de sus gustos, los que trazan su camino”*. Lo que implica, sin duda, valentía. Valentía, en este caso, de contar. De decir nuestra verdad en una ciudad que, por ejemplo, no hace tanto rechinaba sus dientes simplemente ante el título de una película de Pilar Miró, ***El crimen de Cuenca***, en vez de usarla para sus propios fines al modo en como Londres se ha valido siempre de su niebla o de sus descuartizadores o como Edimburgo recrea cada noche para sus visitantes, escenificándolas por las esquinas, sus más sangrientas, reales o inventadas, anécdotas. De enfrentarnos a nuestra propia realidad y contarla. Contarla mediante el realismo o mediante la fantasía, partiendo del momento presente o usando el tan en boga últimamente recurso de la novela histórica (en el fondo siempre ahistórica en cuanto se retrotrae al pasado para hablarnos del hoy) mediante lo que sea, novela negra, ciencia-ficción, qué más da. Contarla desde esa otra verdad irrenunciable de la ficción. Nada destruye, puede destruir más nuestra realidad personal o colectiva que hundirla en el silencio y no vivirla en la catártica liberación de ser narrada. Si todo acto humano es, debe ser, un acto de búsqueda, un modo de intentar encontrarse; si el hombre se indaga -debe hacerlo- en todo lo que hace, en

todo cuanto emprende y a través de todos cuantos otros seres humanos trate... tratemos, por Dios, los escritores conquenses de encontrarnos, de hallarnos, de una vez por todas, en esa nuestra más cercana realidad, la que vivimos y hacemos cada día. "Pues -parafraseando y modificando, a Charles Tomlinson- *nadar* (pongamos contar, pongamos, más genéricamente, escribir) *es también apropiarse / del sentido del agua* (¿qué tal si aquí ponemos vida?), *moverse en su seno / y ser, entre brazada y abrazo, libre*". Respondamos a esa "vocación de la mirada" de la que habla Antonio Muñoz Molina y, desde el recuerdo de lo que ha sido y de lo que no ha sido, contémonos, hallémonos a nosotros mismos. Y... no seamos vagos que, a lo peor, también influye en esto de que no escribamos novelas. Que hay que hacerlo. Yo, de verdad, me voy a poner a ello y, sin ir más lejos, y como prueba de este propósito de enmienda, acabo de comprarme, por aquello de ver cómo le meto el diente a la tarea es ***Cómo se escribe una novela***, de Silvia Adela Kohan, que acaba de aparecer en el mercado, bien recientito. Y nada más. Tan sólo escudarme en una nueva cita. Otra vez de Kart Graus: "*Las verdades verdaderas son las que podemos inventarnos*". Esta ha sido mi provocación... digo mi comunicación. Gracias.